

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

derás á temer á Dios con temor de hijo á padre, temiendo desagradar, aun levemente, á aquel Señor á quien amas sobre todas las cosas.



sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios.



## MAYO

(Flor: *Betulia morada.*)

—

*Nuestros deseos.*

### § I

*Deseos vanos.*

SUPONGO que los malos y pecaminosos deseos ya están lejos de ti por haber renunciado al pecado y, por consiguiente, á los deseos que pueden volverlo á introducir. Pero siempre es conveniente que repetidas veces aborrezcas y detestes los deseos de este género que en otro tiempo has tenido, y que llores amargamente la miserable condición en que entonces te hallabas,

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

cuando, no pudiendo ofender á Dios ni merecer el Infierno, con la obra le ofendías y lo merecías con el deseo. Pero después que ya tú profesas una vida más cristiana y más devota, dime con cuántos deseos vanos has traído ocupado el corazón. Haz reflexión si es agitado el aire de mayor variedad de vientos, y el mar de mayor multitud de olas, que lo ha sido tu corazón de los vanos deseos. ¿Hay alguna comodidad, interés, gloria ó placer que no te haya dado algún asalto con su deseo? ¿Está más sujeta á cualquier viento la bandera puesta en el pináculo del edificio más elevado, que lo está tu voluntad á cualquier deseo? Avergüénzate, pues, de que tu alma, siendo de tan noble y generosa naturaleza, se deje abatir y sujetar á cosas tan viles.

Porque, en efecto, ¿qué es lo que deseas? La comodidad de la vida, los placeres, los honores, el contentar

sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios solo. Dulce Jesús mío, que estés

tus pasiones... Demos que todo lo consigas: ¿quedarás con eso satisfecha? Antes quedarás más inquieta y atormentada con deseos nuevos, porque nacen unos de otros, y cuanto más los alimentas tanto más crecen; y como el buitre engullidor que jamás se harta, siempre se estarán cebando en tu corazón y devorándote las entrañas. Mira tú misma en ti si alguna vez el cumplimiento de un deseo te ha dejado con plena satisfacción. No has hecho sino pasar de una cosa á otra, y de un deseo á otro, sin reposar jamás. No has hecho sino trocar un castigo por otro. ¿No fuera mejor arrancarlos de una vez para siempre? ¿No fuera mejor despegar tu corazón de una vez de las cosas terrenas, que andar continuamente perdida tras tantas pretensiones inútiles?

El alma que se deja llevar de los deseos de la naturaleza, es seme-

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

jante á un viajero que, caminando en consecución de un negocio de grande importancia, interrumpiese á cada paso su viaje corriendo tras las mariposas que le ocurriesen para cogerlas, arrebatado de la hermosura de sus alas. Tú eres viajera que, mientras vivas, vas caminando al Cielo en consecución del negocio único y de suma importancia. ¿Será, pues, bien que, divertida, interrumpas á cada paso tu viaje por andar corriendo por tus vanos deseos tras las niñerías de este mundo? Y á la verdad, ¿de qué sirven para el Cielo tantos deseos vanos? Antes son grande obstáculo, porque, ¿cómo podrás tú desear intensamente, como debes, tu eterna felicidad teniendo tu corazón ocupado con tantos deseos de tantas cosas impertinentes? Estos son como las golondrinas, que hacen sus nidos en los corredores, cerca de las habitaciones, con que molestan y todo lo en-

sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios solo. ¡Dulce Jesús mío!, que estáis viendo la agitación y tempestad de mi espíritu, y me miráis atormentada de tantos deseos vanos: alejad, Señor, de mi alma todas estas olas importunas, y ayudadme con vuestra gracia para que yo siempre me aleje de ellas. Y porque pretendo recibirlos dentro de mi pecho, hacedme dueña absoluta de mi corazón, para que, limpio de todo vano deseo, os lo entregue todo entero para Vos solo.

§ II

*Descos buenos.*

Hay buenos y santos deseos que son dignos de una verdadera cristiana, con los cuales debemos afi-

Es mucho de advertir que no hay cosa que tanto turbe la paz y tranquilidad de nuestras almas cuanto la turban nuestros temores y deseos.

cionar nuestras almas á las cosas del cielo en vez de la tierra.

De este género eran los que tenía Daniel cuando lo llamó el Arcángel «varón de deseos». Porque estos deseos nacen de la fe viva, aumentan la esperanza, avivan la caridad y nos fortifican para tolerar las miserias de esta vida.

Desea aumentar en ti el amor á Dios hasta imitar el que Él te tiene, y para adquirirlo trabaja diligentemente por enriquecerte de sus gracias. El deseo principal de un comerciante, es hacer con sus tratos cada día nuevas ganancias. No tengas tú menos deseos por el Cielo que tiene el comerciante por lo de la tierra, y aumenta cada día más tus riquezas con el comercio preciosísimo del Paraíso. Ten un deseo grande de la gloria de Dios, que sea extendida por toda la tierra, y que sea conocido y venerado de todos su santo nombre. Y aplicando en

los deseos de tantas cosas impo-  
nentes? Estos son como las gOLON-  
drinas, que hacen sus nidos en los  
corredores, cerca de las habitacio-  
nes, con que molestan y todo lo en-

particular, como á objeto más propio suyo, este deseo á ti mismo, desea que Dios sea de ti glorificado y venerado, y que tu alma, y tu cuerpo, y todas tus potencias y sentidos, te glorifiquen, honren y prediquen las grandezas de sus misericordias. Desea todos los días ser llamada al magnífico banquete del Hijo de Dios, á aquel divino convite del altar donde se nos da el mismo Jesús en manjar para ganarnos para sí. Desea ardientemente este favor tan admirable; y ya que tu condición no permite que te llegues todos los días á esta divina Mesa, suple esta falta con el deseo, y con las ansias frecuentes de ella disponte para la real comunión. Di con el grande Apóstol: «Yo deseo ser desatado de este cuerpo mortal, para que mi alma, libre de él, vaya á juntarse con Jesucristo, mi Salvador.» Concibe algunas veces afectuosos deseos de la gloria celestial, y mira á toda la tierra, y á

Es mucho de advertir que no hay cosa que tanto turbe la paz y tranquilidad de nuestras almas cuanto la turban nuestros temores y deseos.

todas las cosas que hay en ella, como á indignas de tus deseos; haz de éstos alas como de águila generosa con que vuelas á aquellas moradas de luz donde no mires otra cosa que al gran Sol de justicia, Dios. Jesús tuvo un ardiente deseo de cumplir el misterio de su Pasión, á la cual llamó su Bautismo. Yo no te pido que, á imitación suya, desees padecer y morir, porque supongo que tu virtud aún no ha subido á grado tan alto; pero te pido que desees que los designios de Dios se cumplan en ti, y que tú no pongas impedimento á lo que Dios ha determinado que en ti se haga; y porque ni la salvación ni la perfección pueden adquirirse sin padecer, ofrécete á padecer aquello que Dios ha juzgado te es necesario para conseguir-las. El grande y universal deseo que tuvo Jesús desde el instante de su concepción hasta el de su muerte, fué de hacer en todas las cosas, gran-

tos deseos de tantas cosas impo-  
nentes? Estos son como las gOLON-  
drinas, que hacen sus nidos en los  
corredores, cerca de las habitacio-  
nes, con que molestan y todo lo en-

tades de mi corazón, mandándoles, como Señor, á ellas que cesen, y á él que no se turbe por cosa alguna de esta vida, para lo cual asistidme siempre, y nunca me desamparéis.

des y pequeñas, la voluntad de su eterno Padre, y de agradarle en todo, regulando todos sus deseos y todas sus acciones por el beneplácito suyo. Todas las mañanas, luego que despiertes, excita y enciende en tu alma este santo deseo de hacer aquel día en todo la voluntad de tu Padre celestial, y de no hacer nada que pueda desagradarle. Renueva, si es posible, en todas las horas este deseo grande, ahogando por medio de él todos los demás deseos y complacencias vanas, á que nuestra naturaleza depravada continuamente nos inclina.

### § III

*Paz en nuestros temores y deseos.*

Es mucho de advertir que no hay cosa que tanto turbe la paz y tranquilidad de nuestras almas cuanto la turban nuestros temores y deseos.

todas las cosas que hay en ella, como á indignas de tus deseos; haz de éstos alas como de águila generosa con que vuelas á aquellas moradas de luz donde no mires otra cosa que

Porque éstos son dos vientos impetuosos que excitan dentro de nosotros grandes tempestades, y si nosotros no aprendemos á refrenarlos no tendremos jamás reposo verdadero. ¿Qué cosa hay en esta vida de mayor satisfacción que este reposo y paz? ¿Y qué diligencias no deberíamos hacer todos por adquirirla? Por tanto, cuando tú sintieres que se levanta en tu corazón alguna turbación, advierte luego con una reflexión santa si se origina de algún temor ó de algún deseo, y prontamente, ahogando este enemigo doméstico, procura aquietar tu corazón con no temer ni desear nada, queriendo solamente aquello que Dios quisiere hacer de ti.

Es también cosa muy conveniente el regular con la razón los temores justos y los santos deseos. El temor de Dios y del Infierno no debe ser tal que perturbe el alma é inquiete la paz del corazón, porque debe ir

tades de mi corazón, mandándoles, como Señor, á ellas que cesen, y á él que no se turbe por cosa alguna de esta vida, para lo cual asistidme siempre, y nunca me desamparéis.

mezclado con el espíritu de confianza en la bondad de Dios, con la cual mezcla, templado, no perturba. El temor también del mayor mal del mundo, que es el pecado, se debe moderar con la esperanza, suponiendo que, si tú haces de tu parte lo que pudieres por evitarle, Dios, por su misericordia, lo apartará lejos de tí dándote gracia eficaz en las ocasiones para que no caigas en él. Los deseos santos asimismo nos deben ser materia de reposo y quietud, y si nos inquietan, señal es que ya no son santos. Porque nos deben mover á la adquisición de las cosas santas, no con turbulencia é inquietud, sino con cierta dulzura eficaz que les provendrá de ir siempre subordinados y sujetos á la divina voluntad. De donde también participarán de aquel fuego que Moisés vió en la zarza, que de tal modo calentará y alumbrará nuestras almas que no las abrase ni

todas las cosas que hay en ella, como á indignas de tus deseos; haz de éstos alas como de águila generosa con que vuelas á aquellas moradas de luz donde no mires otra cosa que

consume. Es también necesario que el deseo de la santidad y perfección, que debe con sus alas llevarnos á Dios, es preciso saber detenerlo siempre que nos causare inquietud y perturbare nuestra paz. Porque, comoquiera que Dios á unos lleva por caminos más fáciles y suaves, y á otros por más dificultosos y ásperos, si tú, por ser tu camino difícil, no corres tanto adelante como quisieras, sujeta á Dios tu buen deseo, y pídele su auxilio, haciendo de tu parte lo que pudieres por ir siempre adelante, sin turbarte ni perder el ánimo, porque el soldado nunca es más presto vencido que cuando se turba y desmaya.

¡Jesús Salvador mío!, que habéis dejado la paz á vuestros discípulos por herencia, y les habéis encomendado que no admitan en su corazón inquietud alguna: concededme esta misma paz, y sosegad las tempes-

tades de mi corazón, mandádoles, como Señor, á ellas que cesen, y á él que no se turbe por cosa alguna de esta vida, para lo cual asistidme siempre, y nunca me desamparéis.



pero yo te digo que es mayor mal esa tristeza de que te dejas llevar, y mucho mayor el bien que pierdes por ella de la quietud y paz del alma, pues la quietud y paz serían